

dossier



Como docente de un liceo particular (1950)

antonio
saNTONI
RUGIU

De pedagogo a historiador



El pequeño antonio con su mamá.



Santoni a los 5-6 años.

N. del E. Los textos incluidos en el presente *Dossier*, forman parte de las intervenciones de sus autores en el Homenaje del IMCED a Antonio Santoni Rugiu, realizado en Noviembre de 2004. De éstos, hemos separado la propia intervención del homenajeado, precedido por sus *Itinerarios*. Y el texto de la Dra. María Esther Aguirre Lora, su amiga, profunda conocedora de su obra y traductora de ésta al español, y a quien agradecemos su amplia y desinteresada colaboración para la realización de este *Dossier*.

Itinerarios*

Antonio Santoni Rugiu
Universidad de Florencia, Italia

1

Nací el 1º de diciembre de 1921 a las 22,15 de la noche, en la isla de Cerdeña, exactamente en la ciudad de Sassari. Fui el cuarto de cinco hermanos; el último nació después de mí. El primer recuerdo que tengo de la infancia, es el mío (de dos años y medio aproximadamente) pedaleando sobre un triciclo en un jardín público bajo la mirada vigilante de mi padre. Pronto, sin embargo, mis padres dejaron Cerdeña y se transfirieron a Viterbo, cerca de Roma. Entonces decidieron enviarme a un Jardín de Niños de monjas, pero al que asistí un solo día, pues ahí –quizá manifestando precozmente mi laicismo– lloré tan estrepitosamente que al otro día mis padres prefirieron que me quedara en casa. Un año después me enviaron a estudiar la primaria en una escuela de monjes (la escuela pública no me habría aceptado porque aún no tenía la mínima edad reglamentaria), pero guardo de ello un recuerdo muy vago. Pronto mi padre se transfirió a Roma y también ahí, si bien tenía la edad reglamentaria ya había concluido la fecha para las inscripciones en la escuela pública y, una vez más, me pusieron en segundo de primaria con las monjas Bethlemitas, cercanas a la casa. Solamente recuerdo que nos hacían cantar y rezar de la mañana a la tarde. Evidentemente, no obtuve ahí una gran educación. Finalmente, al siguiente año, en tercero, llegué a una escuela pública: la maestra era una mujercita alta y robusta que parecía un granadero, y en lugar de hacernos cantar himnos religiosos, siendo notoriamente fascista, nos hacía entonar himnos dedicados a Mussolini. Ahí ocurrió el primer incidente de mi formación cultural: debido a una escarlatina, tuve que faltar a la escuela durante cuarenta días, y cuando regresé la maestra ya había explicado la división de tres o más cifras e inclusive con decimales, que para mí resultó incomprendible (y como tal quedó). Desde entonces comenzó mi hostilidad con las matemáticas, y sólo muchos años más tarde, tuve una temporal y parcial tregua, cuando llegó el momento del álgebra y de la trigonometría, porque ahí no hay números, sólo símbolos. En general, veía a los profesores de matemáticas como seres superiores, pero enemigos míos. El odio llegó a tal extremo que aún hoy, cuando sueño que regreso a la escuela, los despido a todos, ya no se enseñan más las matemáticas. En el examen final de la escuela elemental, con la resolución de problemas de tinajas que se vacían en un tiempo x mientras el agua llega en un tiempo y , hice, como siempre, un pésimo

* Traducción de María Esther Aguirre Lora

papel y al final me pasaron porque había hecho un hermosísimo dibujo de un coche de carreras.

Cuando pasé a la secundaria, el latín me pareció facilísimo en comparación con las matemáticas y desde entonces, sin haber sido jamás el primero de la clase, no encontré grandes dificultades para seguir adelante, matemáticas aparte... En tercero de secundaria, tuve una crisis: con otros compañeros faltamos a la escuela durante muchos días y después no teníamos el valor de regresar. Mi padre lo descubrió, y fue la única vez que me dio de nalgadas (a pesar de su aspecto severo era un ser angelical). Me enviaron a repetir el tercer año de secundaria como medio-interno en un colegio de monjes canadienses. No se estaba mal. Jugábamos al fútbol y alborotábamos un poco.

Una vez que entré de nuevo a la escuela pública, llegué al tercero de preparatoria sin grandes problemas (matemáticas continuó siendo un caso aparte). Tenía diecisiete años y me sentía un gran artista y un gran intelectual, escribía y representaba, entre amigos, comedias y dramas. En la universidad todos creían que entraría a Letras, pero como además del teatro y de la literatura me gustaba mucho la historia, me inscribí en Filosofía e Historia. Mientras tanto, continuaba como ayudante de dirección teatral en el Teatro de la Universidad de Roma. Esto no duró mucho tiempo, llegó la guerra, aún no cumplía diecinueve años y ya estaba disparando y haciendo vida de cuartel por Europa. Fue una experiencia única de relación con los hombres, tal vez la más formativa e intensa de mi vida. Ahí aprendí a ser maestro. Después de cinco años, terminada la guerra, para vivir comencé a enseñar historia y filosofía, pero mi verdadera pasión continuaba siendo el teatro (también la enseñanza me parece una forma de teatro y yo, un actor o un director). Después vino el momento radiofónico: radionovelas y programas diversos. Pero al final lo dejé, no tenía aptitudes, como el carácter para lograr vivir en el mundo del espectáculo, y quizás tampoco tenía muchas cualidades para ello. Y me dediqué a la enseñanza. Llegué a un Instituto Magistral y ahí descubrí la historia de la pedagogía.

Ahí me nació la curiosidad de hacer historia del docente, argumento inédito: ¿cómo era posible que yo fuera docente sin saber nada de mi historia? De aquí surgió *Il professore nella scuola italiana* (1959), mi primer trabajo de historia de la pedagogía, el primero de una larga serie, quizás demasiado larga. En 1966, siguió *Educatori oggi e domani*, que retomaba el discurso en un observatorio mundial pero con una óptica psico-socio-pedagógica. Después cambié de género regresando a otro de mis primeros amores, la educación estética: *Creatività e depravazione estetica* (1969) y *Educazione estetica* (1974). Más tarde me puse a trabajar en la *Storia sociale*

dell'educazione (1979), jamás he trabajado tanto y con tanto gusto; éste es un libro que ha tenido lectores españoles y latinoamericanos gracias al interés y disposición con que el Instituto Michoacano de Ciencias de la Educación lo editó y lo ha reimpresso en dos o más ocasiones. A esta obra le siguió *Scenari dell'Educazione nell'Europa moderna* (1994). Pronto descubrí otro modo de hacer historia social de la educación: la propia autobiografía formativa. En esta clave escribí *Parole di vita veloce* (1984), una suerte de diccionario de locuciones históricas de mi infancia y adolescencia. *Chi non sa inseagna* (1993), autobiografía sobre mi experiencia como docente del primero al último día, *I maschietti del Duce* (2000), biografía de un grupo de muchachos durante el fascismo y después de él. También mi relectura crítica de don Milani (*Il buio de la libertà. Storia di don Milani*, 2003) reconstruye una evolución pedagógica a través de la biografía.

Y no es todo, está el momento “artesanal” que me costó mucho trabajo. En América latina se conoce como *La nostalgia del maestro artesano*, egregiadamente traducido por María Esther Aguirre. Siguió *Il braccio e la mente* (1995), *Si fa presto a dire scuola* (1998), y *Clio e le sorelle* (2001), que retoma el viejo discurso del teatro. Todos eran volúmenes de la colección Tempi/Educazione que yo dirigía para la editorial La Nuova Italia, de Florencia. Pero ésta cambió de dueño, y el nuevo quiere publicar sólo libros que tengan un mercado seguro. A pesar de todo, igualmente sigo adelante, como si mis libros se leyieran, como aquel viejo actor que de noche iba al escenario oscuro a declamar su papel frente a un público imaginario, pero que para él era real. He escrito con mucho gusto, porque se trata de la vida cotidiana que deviene educación, *La pedagogia del consumismo (e del letame)* del 2004, que anda a la caza de lectores difíciles de encontrar: aquellos que no son consumistas.... Actualmente estoy trabajando en un diccionario histórico-irónico sobre la universidad.

He hablado solamente de mis libros como único autor, no de otros en los que aparece un ensayo o capítulo mío, ni de tantos artículos y articulitos, pues ya he pasado casi cincuenta años con la pluma en la mano. Tampoco he dicho nada de mi experiencia académica, ni de mis estancias en México, y ni siquiera de la dirección de la revista *Scuola e Città*. Pero para un currículum es suficiente. Y además, mis amigos mexicanos saben sobre mí más que yo mismo.

||

Cuando era joven, pensaba en ser actor o director de grandes comedias, pero tuve que renunciar, porque no tuve gran éxito; al mismo tiempo enseñaba para tener una ganancia fija estable, ya que cuando empecé a hacer cine, ninguno se acordaba de mí, y entonces

me fui a enseñar. En fin, no pude salir adelante en el arte del espectáculo, no lo sé, a lo mejor no tuve el carácter para ello, quizás no tenía suficiente vocación de artista. Posteriormente, me dediqué a enseñar en la radio, donde las cosas no me fueron muy bien, esto no era una ocupación estable para el ambiente de un joven que aspiraba a más.

Empecé a enseñar historia y filosofía, me dediqué a la enseñanza en una escuela que estaba cerca de mi casa. Pasé de enseñar historia y filosofía, a pedagogía y psicología en el Instituto Magistral donde se formaban los maestros de Italia, esto fue desapareciendo y fue fatal para mí. Impulsado por colegas y amigos, inclusive por colegas y amigos del Partido Socialista, por que yo pertenecía al Partido Socialista Italiano, llegué a la Academia y obtuve la titulación en docencia para pedagogía.

En un principio no quería, porque pensaba que la pedagogía era cosa seria, pero después me di cuenta que estaba confundido, porque no sabía qué hacer y decir en pedagogía. Pero mis amigos me habían dicho que nadie sabía en qué consistía la pedagogía en el 68, la pedagogía había sido sólo historia de la pedagogía. Después se volvió motivo de estudio sociológico, ideológico y antropológico. Francamente, no había pensado que la pedagogía fuera una cosa seria, y hasta entonces comprendí qué tenía que decir y qué cosa hacer. Algunos amigos insistentes, reflexionaron sobre esto mismo, sobre qué es la pedagogía, y hoy forma parte de los estudios psicológicos, sociológicos; todas estas disciplinas (*sic*) en las cuales no estaba pensado a nivel universitario, al final me decidí por el campo de la pedagogía.

La pedagogía, que con nueva forma buscaba en la competencia con los amigos y compañeros de generación, una nueva identificación; en este tiempo en Italia no había una distinción de lo teórico y experimental pedagógico entre otro de la educación y así fue fácil continuar con mi parte de historiador en la educación y pasar de pedagogo a historiador.

La historia fue una de mis pasiones en la universidad, que hasta cierto punto crece en la universidad como profesor para satisfacer mi curiosidad de conocer cuál es el origen en Italia de la profesión que yo estaba desarrollando en ese momento. La cosa me interesa doblemente: primero, porque era dirigente del sindicato y me fui a enseñar pedagogía a la Universidad de Trieste, ahí comenzó mi aventura académica que duró 30 años. Después de Trieste, me mudé para Florencia, donde enseñé en la Facultad de Letras y Filosofía, donde el discurso filosófico era considerado, de ahí data mi incompetencia, analizando la política escolástica de 1800-1900 y comentar el paso de las clases de pedagogía, buscando el significado con una óptica moderna, no lograba

evitar que colegas más competentes que yo, se desenvolvieran en el campo sociológico, histórico y pedagógico.

Mi interés era lo histórico, y de ahí pasé a lo pedagógico, por sentirme en lo mío, pasé de la pedagogía general a la historia de la pedagogía, y pocos años después a la historia de la educación, porque llegué a la conclusión que esta disciplina se ha hecho una metodología con imagen propia, que en sustancia histórica de la pedagogía en una historia de la pedagogía.

Como he vivido mi experiencia universitaria, por ciertos aspectos muy bien y por otros no muy bien, son buenos, si yo llegara a morir y volviera a nacer ejercería la misma profesión, porque ahora el ambiente universitario ha sido modificado, también la situación del momento didáctico, porque veo que algunos colegas y hasta lo que enseñan en la Universidad, y la disciplina pedagógica, precian el momento didáctico de enseñar al estudiante la lección, fuera de la lección, que en síntesis; utilizan la universidad a su beneficio particular no a favor de los estudiantes, pero también he conocido que otros, que han dado el corazón y el alma dando óptimo ejemplo de su profesión.

Yo no apruebo la idea que algunos tienen de superioridad, ya que por ser profesores universitarios tienen en relación a otros que no lo son, pues son más cultos y más preparados; pero deberían de enseñar y transmitir la humildad y la amabilidad con el ejemplo, yo creo que el estudio del campo histórico de la pedagogía hoy es muy importante, para con ello explicar lo que viene de la sociedad.

Por eso yo estoy integrado en todo el problema que respecta a la enseñanza.

Un agradecimiento a mis amigos y colegas del IMCED por haber publicado mi obra por primera vez de manera integral *Historia Social de la Educación*, yo espero vernos y comunicarnos pronto porque para mí será siempre un placer saludarlos.▲

dossier



Estudiando en Roma (1940)

Antonio Santoni Rugiu en tres tiempos

María Esther Aguirre Lora
CESU-UNAM

*No sólo es el mundo que me enseñó a escribir, sino también la única
región donde yo no me siento extranjero.*

Gabriel García Márquez.

Antonio Santoni Rugiu, el historiador de la educación

Antonio Santoni Rugiu nace en Sassari, una pequeña ciudad de la isla de Cerdeña, hacia 1921; se forma en Roma y desarrolla una intensa actividad académica en toda Italia. Una de sus últimas tareas fue la de dirigir el Departamento de Historia en la Universidad de Florencia; en la actualidad continúa trabajando intensamente, ya liberado formalmente de las rutinas institucionales. Su nombramiento académico, el de profesor, es de los más elevados en Italia y en general en los países europeos.

Su vida se despliega en medio de la Segunda Guerra Mundial, de las atmósferas fascistas italianas, de la instauración de la Primera República, de los movimientos contestatarios de 1968, de las globalizaciones y regionalizaciones del fin de siglo.

Entre la generación de sus colegas e interlocutores en diversos ámbitos y programas de investigación, se encuentran: Egle Becchi, Leo Trisciuzzi, Raffaele Laporta, Gastone Tassinari, Remo Fornaca, Luciano Manzuoli, Mario Manacorda, Maria Corda Costa, Ernesto Codignola. Fue maestro y amigo de Angelo Broccoli; el propio Broccoli le dedicó su *Hegemonía y educación*, que la Editorial Nueva Imagen publicó en nuestro país en la década de los setentas.

De formación humanista, apasionado por las letras, el teatro y la historia, ha recorrido los más diversos foros y realizado las más variadas actividades. Gran parte de su vida la ha dedicado a impulsar, desde adentro, las reformas escolares de Italia. Marxista no ortodoxo, de sólida cultura, lector asiduo de Carcopino, de Huizinga, de Bloch, y protagonista del movimiento europeo de renovación historiográfica, que privilegia la lectura social, cultural y económica de la historia, frente a las perspectivas idealistas e historicistas por igual. Sus historias se cultivan en el suelo fértil que da la batalla

contra el peso de las ideas, y de los pensadores que, abstraídos de toda circunstancia social, había exacerbado el idealismo de Giovani Gentile como forma de explicación histórica, centrada exclusivamente en la hegeliana realización del espíritu. ASR, desde el horizonte que abriera la historia social,¹ busca nuevas convergencias y nuevos puntos de equilibrio entre formas de ser, de hacer, de decir y de pensar la educación; entre las prácticas culturales de los individuos y de los grupos sociales, y los sistemas de pensamiento, de creencias, de sensibilidades.

Cansado de las especulaciones y de los usos arbitrarios de la teoría, ASR aparentemente la niega –y digo aparentemente porque sus obras son cultas, ricas en información y en análisis, que traslucen el rigorismo de su autor– y se da la licencia de ironizar consigo mismo al respecto:

Nunca logro comprender bien qué es lo que estoy haciendo. Me siento en gran medida como el avispañ [...]. El avispañ tiene un cuerpo muy grueso en relación con las alas que son muy pequeñas y, de acuerdo con los estudios de la ciencia estática y dinámica, el avispañ no debería volar. Pero como el avispañ no ha estudiado ni estática ni dinámica eso no le importa y vuela como puede, con tal de que logre mover las alas con tal velocidad que compense su superficie reducida. Por tanto, yo no me planteo jamás qué influencias he tenido o en qué autores me apoyo aun cuando, sin lugar a dudas, existan en mí. Yo, como todos y tal vez más que otros, soy deudor de sugerencias, solamente que como jamás me ato ni a una expresión, ni a una influencia doctrinaria, me resulta difícil reconocer qué es aquello a lo que principalmente me he vinculado.²

Esto lo lleva a no declararse jamás especialista, experto o intelectual consagrado, sino siempre dilettante, siempre abierto a nuevas experiencias, a nuevos planteamientos, a nuevos escenarios en los que todavía hay mucho por aprender. Su pasión por el drama y la comedia atraviesa su vida y su producción académica en forma de metáfora teatral, donde lo que permanece siempre como telón de fondo, sea en la docencia, sea en la escritura de la historia, sea en otras formas de experiencia profesional, es la solución que aporta la disposición del gran escenario, pues todos formamos parte del gran teatro del mundo y actuamos nuestros personajes, construimos nuestras escenas.

¹ La historiografía social se remonta formalmente al primer tercio del siglo XX, donde se concretan con mayor fuerza los programas renovadores de la historia. Nace de la tensión entre la historiografía idealista y la historiografía historicista, con el propósito de incursionar en los procesos y en los problemas sociales y culturales que constituyen la materia prima de la historia. Va al encuentro de las demás ciencias humanas: teoría económica, teoría social, antropología y otros más, generando diversas tradiciones en Francia, Inglaterra, Alemania, Estados Unidos e Italia.

² Entrevista a Antonio Santoni Rugiu sobre la historia social de la educación, guión y versión española de María Esther Aguirre, Maestría en Pedagogía, sistema a distancia, UPN – Ajusco, noviembre de 1994, (inédita).

Quizá por eso sus historias son diferentes, pues de por medio persiste la lectura del drama humano.

Antonio juega consigo mismo y con la vida y esto fertiliza su inventiva y su aguda percepción de la educación. Su obra es muy vasta en cuanto a libros, artículos, revistas y otro tipo de publicaciones; a través de ella pone de manifiesto algunos rasgos de su personalidad en relación con la vida académica, esto es, la libertad de sus desplazamientos intelectuales por diversas temáticas y campos de problemas, así como su versatilidad.

Podemos aglutinar su producción en tres grandes ejes:

- Diversas investigaciones de corte histórico social y cultural. Los trabajos iniciales se refieren a la imagen y situación del docente de nivel medio y superior; entre los más recientes publicados en Italia, tenemos: *Scenari dell'educazione nell'Europa moderna* (La Nuova Italia, 1994), *Il braccio e la mente. Un millennio di educazione divaricata* (La Nuova Italia, 1995), *Si fa presto a dire scuola. Schegge di storia dell'educazione* (La Nuova Italia, 1998), *I gioielli di Cornelio* (Argo, 1999), *I maschietti del Duce* (Piero Manni, 2001), *Il buio della libertà. Storia di don Milán* (De Donato-Lerici, 2003), *La pedagogia del consumismo (e del letame)* (Anicia, 2004).
- Diversas obras que abordan problemáticas educativas de actualidad, que se nutren de sus tomas de posición y de su participación en las querellas por la educación pública, como por ejemplo, la de la educación artística, la educación democrática, la ideología de los programas escolares, la escuela laica, la política educativa, la educación familiar católica, las condiciones de trabajo y la estratificación de los docentes, y muchas más. Cito algunas al azar: *L'educazione estetica* (Editori Riuniti, 1975), *Ideologia e programmi nelle scuole elementari e magistrali dal 1859 al 1955* (Manzuoli, 1982), *Chiarissimi e Magnifici. Il professore nell'università italiana (dal 1700 al 2000)* (La Nuova Italia, 1991).
- Y una veta autobiográfica tocante a las obras que constituyen una suerte de comedias en las que, de manera perspicaz y divertida, aunque no carente de profundidad ni de honestidad intelectual, aborda diversas facetas de su vida y de la vida en Italia en el curso de diferentes períodos, así como sus experiencias en el campo de la docencia. Acercarnos a estas obras, es presenciar una “lección viva” de historia social de la cultura, es acceder a una nueva comprensión de los procesos educativos en el curso del tiempo y hermanarnos con algunas de sus soluciones.

Puede decirse que ASR nos ofrece una lectura renovada de la historia de la educación no sólo a través de las formas legitimadas por la academia propiamente dicha, sino también mediante la riqueza testimonial de la anécdota, del recuerdo familiar, de los temores infantiles, de los amores de juventud, del relato de episodios de la vida cotidiana frescos y vivaces, que hacen desfilar frente a auditórios y lectores –imposibilitados para contener las carcajadas o dejar de bosquejar la sonrisa–, usos y costumbres que nos remiten a prácticas culturales enraizadas en los programas de despliegue socioeconómico, en la mentalidad de la época, en las imágenes y representaciones sociales de los sujetos, que devienen huellas de *modelos educativos*.³ Desde ahí problematiza lo que de “naturalidad” tienen nuestras costumbres cotidianas y nos aproxima a la comprensión de su configuración en el tiempo social.

Al respecto, tiene una especie de “colección de palabras y palabrejas” de uso común, organizadas alfabéticamente, que dan cuenta de prácticas educativas familiares, escolares, religiosas, que atraviesan diversas esferas de la vida cotidiana y modelan el comportamiento de hombres y sociedades, que por próximas resultan lejanas como material de indagación, como objeto de estudio. Me refiero a *Parole di vita veloce* (Essedue Edizioni. Verona, 1986); tomo al azar algunas de ellas que hablan por sí mismas de vivencias que seguramente hemos compartido desde estas latitudes.

Una de ellas, el ingerir aceite de hígado de bacalao, nos remite a la cuidadosa vigilancia que ejercían las familias en la crianza de los hijos, con toda la carga de aversión a los olores y sabores que quedarán resguardados en la memoria colectiva:

ACEITE DE HÍGADO DE BACALAO. Todo niño que quiere crecer debe tomarlo “regularmente”, prescribía el médico de la casa. De tal modo que por las buenas o por las malas, esa cucharada de aceite maloliente debía ingerirse. No cabía la menor duda que fuera de merluza, porque la merluza estaba dibujada en la etiqueta de la botella, pero esta información tenía poca importancia; es más, resultó peor cuando se aclaró que la merluza era la misma cosa que el bacalao. Para quitarse el mal sabor que dejaba, no había más remedio que chupar gajos de naranja o rebanaditas de limón, o bien beber la acostumbrada media tacita de café. Pero como este aceitúcho maldito durante largos períodos se tomaba todas las mañanas, y a veces también por la tarde, la tercera solución habría significado aficionarse a esa bebida restauradora, precisamente en los tiempos en que se cuidaban mucho los

³ Para Santoni Rugiu, los modelos educativos emergen de un esquema fundamental dentro del cual la sociedad trata de organizar, de transmitir, determinado tipo de comportamiento, de formar ciertos hábitos, de formar ciertos conocimientos, ciertas creencias religiosas, culturales, políticas y otras. El modelo siempre implica una relación dialéctica entre los términos involucrados.

*pequeños gastos y el precio del café subía vertiginosamente, más allá de las preocupaciones por la salud, porque el “verdadero” café, como el vino y los licores, no debían consumirse hasta ya avanzada la primera adolescencia.*⁴

ASR, conoce por dentro los ambientes de la Italia católica y hace de ellos un observatorio de prácticas educativas, para asir la vigencia del catecismo como modelo educativo, regulado por el principio de autoridad, por el control de sí mismo, por la introyección de los sistemas de vigilancia a partir de la noción de pecado y la culpa que éste desencadena. Todo esto, consecuente con el programa moralizador de la sociedad que asumiera la pedagogía católica, en este caso. Así, recoge las vivencias infantiles en torno a la figura del ángel de la guarda para recuperar aquello que de educativo subyace en ella:

*ÁNGEL DE LA GUARDA. Uno de los más grandes inventos de la pedagogía católica para la infancia –si no es que el más grande–, que en ese entonces nos hacían interiorizar desde los tres años de edad aproximadamente. Semejante a un super-yo freudiano, este ángel era incansable e insomne porque te seguía a todas horas del día y de la noche –inclusive en los sueños–, siempre despabiladísimo. Se presentaba como un protector y, por lo tanto, como una compañía agradable y positiva, pero como sobre todo te protegía de las tentaciones, funcionaba mucho más como un represor que como un amigo. En otras palabras, para nosotros era más que nada un guardián de nuestro comportamiento, delegado por la autoridad. Poco a poco surgirían curiosidades en torno a su verdadera figura, que educadores y educadoras religiosas jamás esclarecían nítidamente, no se sabe si por falta de capacidad o porque era mejor dejarnos en la incertidumbre. Por ejemplo, este ángel ¿era hombre o mujer? (a esa edad aún no sabíamos que los escolásticos ya habían debatido ampliamente respecto al sexo de los ángeles y era un hecho que nos dejaban creer que el ángel de la guarda era hombre, aunque con cabellera femenina y cuerpo efébico); y si era sexuado, ¿el sexo de cada ángel correspondía al de su custodiado o no? ¿Tenía las alas de plumas o de velo?, ¿y para qué le servían las alas si siempre estaba ahí, fijo, para vigilarte? Pero, ¿siempre estaba fijo en un lugar o podía desplazarse? ¿Crecía con nosotros? ¿Tenía o no edad? ¿Era rubio o moreno? ¿Estaba más de parte nuestra o de la de su jefe?; es decir, ¿guardaba para sí alguno de nuestros pecados o hacía las veces de espía en todo? ¿Qué relaciones existían entre estos guardianes, se consultaban y hablaban de nosotros?, etc. etc. Como quiera que sea, teníamos envidia de nuestros coetáneos hebreos, libres de la molesta custodia, así como del catecismo y de la confesión periódica.*⁵

⁴ *Idem*, p. 148.

Antonio evoca, también, a través de estas prácticas excluidas del análisis histórico, las soluciones más cotidianas que nos hablan de una Italia de la posguerra cuya paulatina industrialización genera nuevas necesidades que cristalizan en otras formas de vida, acordes con el fortalecimiento de los sectores medios urbanos; a la emergencia de otros comportamientos en relación con el cuidado del cuerpo, del que no están ausentes las nuevas reglas del refinamiento social. En los usos del cotidiano papel higiénico, indaga otras lecturas de la sociedad italiana:

PAPEL HIGIÉNICO. Hacia finales de los años veintes, comienza a aparecer confeccionado en rollos apropiados o en paquetes de hojitas plegadas, pero aún era casi un lujo. Inclusive en las casas acomodadas se seguían usando regularmente los recortes de restos de papel delgado de envoltura (en los negocios de alimentos lo usaban de color cafecillo, sólo para ciertos artículos lo usaban de un color especial, por ejemplo, para el azúcar había un papel azul, llamado precisamente “papel de azúcar”, pero poco adecuado al uso que se pretendía) o directamente recortes de periódicos. Lo ideal era el papel de China. Los más cuidadosos proveían hojas rectangulares del mismo tamaño que los contenedores de madera adaptados o los de baquelita que se vendían, o bien otros mucho más informales, bastaba con que se pudieran meter al lado del excusado en un grueso clavo que sobresaliera. Sin embargo, no faltaban los excusados desprovistos de todo recorte y entonces era necesario abastecerse por sí mismo, por ejemplo, entrando con el periódico ya destinado al sacrificio. “Para el papel usen el de ustedes”, advertían a menudo los que rentaban cuartos a los estudiantes. Después, poco a poco, con el consumismo naciente, se corrió la voz de que todos los papeles de dudosa procedencia, particularmente aquéllos de periódicos sucios de tinta y que habían pasado quién sabe por cuantas manos, podían ser fuente de enfermedad que se remontaba a las partes bajas posteriores, particularmente para las mujeres, en los lugares confinados, siempre tan sensibles, y después tal vez a los órganos internos. Contra esto, sólo un papel confeccionado a propósito, no demasiado duro ni demasiado suave, pero sobre todo garantizado por su esterilidad, podía considerarse verdaderamente “higiénico”. Poco después de 1945, se había vuelto de uso común: toda casa, por humilde que fuera, se hubiera avergonzado de hacer que un huésped encontrara los antiguos recortes enfilados en el clavo. Algún año más tarde, también salieron modelos de papel higiénico perfumado o diseñado, incluso con historietas. Pero tuvieron poca vida: el artículo, que había sido uno de los pioneros del consumismo, quiso, a su manera, conservar una adecuada dosis de simplicidad, huyendo de las sofisticaciones. Parecería que la gente no tenía corazón para destinar a un fin tan inmundo tipos de

⁵ *Idem*, pp. 30-31.

*papel apreciados y decorados. Un refrán que nos enseñó el Tío Serafín, dice: “Hombre que solo, en el campo se aparta, mal hace en no llevarse un pedazo de carta [papel].*⁶

En estas palabras, el autor recoge no sólo los desplazamientos semánticos que nos hablan de los desplazamientos vitales de la sociedad de esos años, sino que a la vez, y ésta es la ganancia para los modos de hacer historia, los silencios que harán hablar a una nueva historia de la educación, más próxima a nuestras experiencias vitales, a las influencias formativas que nos construyen día con día. De tal modo, el autor ejerce una provocación constante sobre el lector.

ASR, al escribir historias de la educación, no descuida ni sus compromisos ideológicos ni sus pasiones; por el contrario, desde ellas lee la vida, desde ellas interpreta cuanto le rodea y esto hace que escriba la historia sin deslindar el decir de lo que tiene que decir; o sea, su cualidad narrativa hace de sus historias de la educación una lectura amena, próxima a la literatura, para nada tediosa. Esto también nos remite a las articulaciones que el autor, como historiador de la educación, establece entre la historia y la literatura en su trabajo cotidiano; para él, el historiador es un director teatral y un escritor que construye una trama a partir del dato histórico, que da forma a un escenario histórico social y explica las relaciones y los conflictos entre los protagonistas, sus desplazamientos en el tiempo. Y si bien no puede dejar todo librado a la fantasía como en el caso de la ficción literaria, pues es indudable que intervienen, además del conocimiento, la imaginación y la intuición para construir diversos niveles de conexiones, de relaciones, de interpretaciones tratando de aprehender el movimiento de la vida social y cultural en el tiempo.

Ahora bien, ¿cuáles pueden ser las aportaciones de *Milenios de sociedad educadora* para los lectores de habla española?

En esta obra, ASR nos acerca a la comprensión de diversas prácticas de la educación escolarizada y no formal a partir de sus complejos significados en la vida de las sociedades y de las culturas que las construyen. La historia de la educación y de la pedagogía que se aborda en ellas, se aleja por igual de las perspectivas idealistas como de las reconstrucciones cronológicas y unidimensionales de los hechos educativos y pedagógicos, pues los procesos formativos se inscriben, como lo precisa el propio autor, en un concreto histórico cuyas sucesivas transformaciones se leen en tiempo largo abarcando por igual, sistemas de pensamiento, de creencias, de costumbres y de

⁶ *Idem*, pp. 74-75.

rituales, que mueven a personas, a grupos, a instituciones en diversos ámbitos y esferas de la vida pública y privada.

Se trata de un texto en el que convergen distintas dimensiones, distintas ópticas de análisis, para aprehender en la vida de hombres y mujeres de carne y hueso sus apuestas educativas, sus sueños, sus vicisitudes, sus fracasos, sus logros, sus alianzas, sus marginaciones, sus crisis, de modo que el acercamiento a toda forma de educación y pedagogía se da a partir del propio entramado de la vida social y cultural de un momento específico y en un grupo social también específico, donde los seres humanos construyen respuestas, en parte intencionales y en parte involuntarias, frente a la necesidad de transformar las necesidades individuales en colectivas. Esta perspectiva arroja luz sobre texturas, tejidos, colores y disposiciones varias que cobran forma en debates, programas y protagonistas del quehacer educativo usualmente ignorados o directamente desconocidos.

Milenios está escrita por un investigador europeo, e incursiona en la constitución en el tiempo de los procesos educativos, de las instituciones educativas, de los actores y sujetos de la educación que vivieron en esas latitudes; recorre, en el curso de sus tres volúmenes, desde las prácticas de los antiguos griegos hasta las de los contemporáneos. La trayectoria histórica, como lectores latinoamericanos en particular, nos confronta con la innegable vertiente occidental de nuestros legados educativos, donde las redes de relación con los pensadores y educadores europeos y norteamericanos se tienden a lo largo de los tres siglos del dominio español y en el curso de las diversas expresiones de los movimientos ilustrados que atraviesan los siglos XIX y XX.

En fin, *Milenios* es una historia de la educación que hace de la sociedad que educa a sus miembros, el eje de sus explicaciones históricas, y esto habituados como estamos a muchas otras historias de la educación, paradójicamente, resulta de lo más novedoso y atractivo...

Antonio Santoni Rugiu, el educador

ASR dedica, desde muy temprano, su vida profesional a la educación, siempre movido por todo lo que hay que aprender y no tanto por lo que hay que enseñar. Es precisamente en otra de sus obras autobiográficas recientes, en la que ASR nos comunica sus experiencias como educador en el más amplio sentido del término: *Chi non sa, insegna. Viaggio antipedagogico nella prima repubblica* (1994); a través de ella lo acompañamos en el curso de medio siglo de itinerarios que Antonio realiza en dos dimensiones: la de los espacios educativos de una Italia que cambia, que exige tomar

posición frente a los fascismos, y la de sus propios recorridos internos en donde decanta su experiencia interior como educador en el más amplio sentido del término, que confronta las más variadas experiencias formativas y en medio de ellas se forja, rechazando los formalismos que a menudo proceden del cumplimiento ortodoxo de principios pseudocientíficos.

Ya desde el título, *El que no sabe, enseña*, que recupera la frase de Bernard Shaw: *el que sabe, hace; el que no sabe, enseña*, ASR juega consigo mismo y con los que compartimos el oficio y da curso a la anécdota, al testimonio, a la memoria y a la reflexión. Uno de los episodios particularmente frescos y vivaces, lleno de candor y sentido humano, a la manera de las mejores piezas cinematográficas italianas contemporáneas –como *Il postino*–, es aquél donde narra su lección inaugural en La Universidad de Florencia, en medio de un profundo contraste con la fastuosidad académica de las lecciones inaugurales del medio intelectual francés, de sobra conocidas a través de Bourdieu, Foucault, Barthes y otros.

Santoni nos dice:

Mi lección inaugural en la Escuela del Magisterio, en Florencia, no se puede decir que obtuviera un gran éxito del público. El bedel trató de consolarme explicándome que tal vez los estudiantes aún no estaban informados, puesto que era la primera vez que se presentaba una materia pedagógica, además de la del profesor Borghi. Y por otra parte, yo había comenzado demasiado pronto (el 6 de noviembre) cuando que la práctica era no iniciar el curso antes del 15-20 de noviembre, para más adelante interrumpirlo hacia el 15 de diciembre y retomarlo después del 15 de enero, por no mencionar los sucesivos oasis de vacaciones (carnaval, pascua y diversas festividades) que llevaban dulcemente al profesor exhausto hasta el 15 de mayo, cuando se cerraba el curso, todo por escrito con plazos precisos fijados por las disposiciones vigentes. Sin embargo, ésta es una vieja historia, más aún podríamos decir antigua, que se puede leer inclusive en las crónicas medievales (salvo los casos de las universitates scholarium donde los profesores estaban más esclavizados porque los estudiantes eran quienes los contrataban y los administraban). En el siglo pasado, parece que la tendencia a considerar la enseñanza universitaria una canonía que se intercalaba cada tanto por alguna lección, habría logrado su clímax. Por mi parte, yo nunca faltaba a una lección, y en el fondo no faltaré jamás –salvo causas de fuerza mayor– no por heroísmo didáctico o como un ex voto, sino por el simple hecho del gusto por enseñar, experimentado desde los lejanos tiempos de la primera cátedra estilo barroco colonial del gimnasio de Mandas –disperso en los locales de la abolida institución fascista para el almacenamiento del grano–, población que, naturalmente, se me

había incrementado en la universidad (sic). En suma, dar lecciones o seminarios me gustaba. Y también en esto me sentía egregio en el sentido etimológico de ex gregare, es decir fuera de la grey académica de la mayoría de los colegas para quienes la hora de la lección debía respetarse, pero también debía compaginarse con los exámenes (como si éstos no pudieran ponerse en horarios que no perturbaran las clases), las reuniones de los diversos consejos, comisiones o intercambios de opiniones, la participación en encuentros, coloquios con personajes importantes, los compromisos políticos, personales y sociales más disparatados fuera de la sede, congresos en Italia y en el exterior. Ocasiones todas que parecían atraídas como por una irresistible calamidad que se presentaba siempre en los días y horas de lección.

*Sin embargo, el hecho de que me gustara dar clases no quiere decir que me arrancara los cabellos (gesto para mí incongruente, dada la ya entonces evidente carencia de los mismos) si debía regresar a la casa por la ausencia de los estudiantes: inclusive esto era un antiguo lugar común desde los tiempos en que el censor o punctator anotaba en su registro jornalero que el docente se había presentado regularmente para la clase, pero que después se había tenido que regresar a su casa sanza puoter legere, debido a la ausencia de estudiantes. A mí tal imposibilidad me ocurrió sólo una vez, en la primera clase florentina precisamente. Al día siguiente el vacío ya no era absoluto: en efecto, había una güerita perdida en un aula que no era tan grande pero con nosotros dos solamente, parecía un hangar para jet. [...]”.*⁷

ASR nunca ha dejado de ser educador y desde ahí lee la realidad social y cultural, ha hecho de la vida un laboratorio educativo: observa todo y todo lo analiza, se apasiona al cuestionar lo que de no formativo tiene la música, el fútbol, la televisión e inclusive la misma escuela en todos sus niveles. Desde ahí se ha *empeñado en incidir en las reformas* y en las políticas educativas; desde ahí ha transitado entre los gremios de pedagogos en medio de encuentros y de desencuentros.

Santoni educador recorre el mundo del teatro, de la literatura, del drama, de la radiodifusión, de la televisión, antes de llegar a la pedagogía en un momento de profundos replanteamientos marcados por la crisis del 68, que abría el horizonte de las expectativas con su cuota de preparación y recambio de la relación educativa. El mismo nos lo comunica en los siguientes términos:

⁷ SANTONI Rugiu, Antonio. *Chi non sa, insegna. Viaggio antipedagogico nella prima repubblica*. Lacaita. Bari, 1994, pp. 151-152.

¿Cómo llegué yo a la pedagogía? Llegué tarde en el tiempo, porque me ocupaba de otras cosas. Pero el interés por la enseñanza poco a poco me atrajo, junto con otros colegas con los que compartía esa experiencia (hablo de los años en los que existía mucho descontento respecto a la manera en que se enfocaba la escuela pues se planteaba de manera muy anticuada). Se trataba de la voluntad de un grupo de jóvenes docentes que tenía el impulso de cambiar la escuela y, sobre todo, de cambiar la profesión docente y fue así como este interés me encaminó a los problemas pedagógicos [...]; la pedagogía en Italia, hasta los años cincuentas casi exclusivamente había sido filosofía debido a la influencia del neoidealismo [...]. Yo inclusive tuve una cierta rémora para dedicarme a los problemas de pedagogía, porque me decía: “Yo no soy un filósofo, por tanto no puedo ser un pedagogo”, según la visión tradicional. Y mis colegas, que después hicieron la carrera de pedagogos, me decían: “No, ésa era la antigua pedagogía; en cambio hoy no se sabe bien qué cosa es la pedagogía”. Entonces empecé a dedicarme a la pedagogía con la esperanza de poder entender de qué se trataba. Y algo hice dedicándome a lo que me interesaba, por ejemplo, a la educación estética, a la creatividad en la educación estética, luego al aspecto político de la educación, a sus aspectos sociales, a las reformas escolares que se realizaban en Italia y a otros temas de actualidad. Pero cada vez lograba entender menos qué cosa era la pedagogía y en un momento determinado, regresé al viejo amor que para mí siempre fue la historia.⁸

Por otro lado, el amor por el mundo del espectáculo hicieron que ASR percibiera la docencia desde lugares renovados, más próximos al movimiento dramático, al teatro, cuyo centro vital es la relación dialéctica, y al juego de influencias que se efectúan entre el profesor y el estudiante, como el espacio propio del drama que transcurre en medio de la libertad y la inventiva mediadas por la apropiación del conocimiento. Esto fue lo que hizo que Antonio se apasionara de por vida a la docencia; nos lo dice él mismo:

Y saqué algunas conclusiones: si después de todos estos “siglos” de enseñanza, hubiera de volver a empezar, escogería de inmediato ser maestro, porque creo que la profesión de docente, sobre todo a nivel secundario y universitario, es la profesión que da más libertad, pues no existe un jefe de oficina, no existe un director, bueno, sí existe pero no te puede decir qué debes enseñar, qué palabras debes decir, qué proceso debes seguir, qué relación debes establecer; esto es un hecho más libre en el que ni siquiera la experiencia cuenta, ya que desde el más joven de los maestros, desde el primer día que enseña, goza de la misma libertad que el maestro que se

⁸ Entrevista a Antonio Santoni Rugiu sobre la historia social de la educación, *op. cit.*

*encuentra en los últimos días de su carrera, próximo a retirarse. La enseñanza da una libertad muy grande que muy pocos trabajos, o tal vez quizá ningún otro, da. [...] Por ello, por este amor que le profeso a la libertad, si debiera comenzar de nuevo, comenzaría nuevamente trabajando como maestro.*⁹

Precisamente en relación con este descubrimiento de la docencia, desde una visión retrospectiva que se remonta a la alta edad media, ASR escribió una de sus historias más logradas, *Nostalgia del maestro artesano*,¹⁰ cuyo argumento es abundar en la integración que se logra entre formación y producción en los talleres artesanales de la Edad Media y la paulatina disolución de este lazo, motivada por la crisis de las corporaciones. El planteamiento de partida es muy sugerente, pues para Antonio desde el siglo XVIII, los pedagogos se empeñan en restaurar este vínculo que expresan como añoranza del tiempo pasado. De hecho, uno mismo, como lector, percibe la nostalgia por esa relación formativa cara a cara y el deseo de recuperarla en los espacios educativos actuales.

Antonio Santoni Rugiu, el amigo

La relación amistosa con Antonio Santoni Rugiu data de 1981, un año después de que él visitara por primera vez nuestro país, invitado por un grupo de académicos de la ENEP-Iztacala, cuando realicé una estancia sabática en Florencia e hice las veces de mi “tutor”. ASR se convirtió para mí, en un punto de referencia académico y amistoso, estimulante y muy positivo, en un apoyo fundamental para desarrollar el programa que me había planteado.

Desde entonces, tuve el deseo de introducir algunas de sus obras en nuestros ambientes académicos latinoamericanos, que aportaran una visión renovada de la historia de la educación propiamente dicha, sólo que una empresa de esta naturaleza requería reunir mucha experiencia y muchas voluntades; esto hizo que tardara más de diez años en concretarse el proyecto. A través de Manuel Medina, que llegó a radicar en Morelia hacia 1994, y se puso en contacto con el Instituto Michoacano de Ciencias de la Educación (IMCED), el Maestro José Reyes Rocha, director de la institución y fundador del programa editorial, y el Maestro José Ramírez Guzmán, secretario académico, mostraron una gran receptividad para publicar una de las obras fundamentales de Santoni Rugiu. A partir de ese momento, empezaron a circular, no sólo en México

⁹ Entrevista a Antonio Santoni Rugiu, materiales Curso Introducción a la Pedagogía, I, guión y versión española de Marfa Esther Aguirre, SUAFFYL y UNAM, septiembre de 1995.

¹⁰ CESU-UNAM/Porrúa. México, 1996. Actualmente existe la versión portuguesa, editada en Brasil.

sino también en Latinoamérica y aún en España, diversos libros traducidos del italiano: *Historia social de la educación* (dos volúmenes)¹¹ –antecedida por la publicación en Barcelona, España, de un primer volumen en la editorial Reforma de la escuela–, *Investigación y enseñanza de la historia*,¹² *Nostalgia del maestro artesano*¹³ –actualmente traducido al portugués en Brasil–, y otros tantos artículos publicados en varias revistas de educación: *La música es de todos*,¹⁴ *Ese mágico cero que revolucionó el comercio*,¹⁵ *De artesanos a artistas, sólo un paso y un abismo...*¹⁶ y otros más.

Las versiones en español de estos textos requirieron una disciplina de estudio y de trabajo muy intenso cuyos frutos, sin lugar a dudas han resultado muy gratificantes no sólo para el círculo inmediato sino para todos aquellos que buscan comprender la educación a través de la cultura y de la historia.

Pero la difusión del pensamiento y obra de Santoni Rugiu, no sólo se ha efectuado a partir de la traducción y publicación de sus libros y artículos; sino también a través de algunas estancias académicas que ha realizado en nuestro país: en Michoacán, en tres ocasiones; en Chiapas, en Tabasco, en Puebla. Durante ellas, siempre contando con su buena disposición y generosidad, se somete a ritmos de actividad muy intensos, ‘latinoamericanos’ propiamente dichos, pues sus programas de trabajo están saturados de seminarios, de conferencias, de entrevistas filmadas, de presentaciones de libros...

Sin embargo, en medio de todo ello, siempre ha habido tiempo para hacer nuevos amigos y para visitar sugerentes zonas arqueológicas en las que hay que subir fatigosamente hasta la punta de pirámides, como la de Cacaxtla y las de Teotihuacan, para visitar capillas barrocas, recorrer pueblos llenos de colorido y alguno que otro pintoresco mercado, alguna que otra casa de artesanías, alguna que otra olorosa pulquería... Siempre receptivo al afecto solícito de los amigos mexicanos.

¹¹ SANTONI Rugiu, Antonio. *Historia social de la educación*. Cuadernos del IMCED 8 y 17. IMCED. México, 1995-1996.

¹² LE GOFF, Jacques y Antonio SANTONI RUGIU. *Investigación y enseñanza de la historia*. Cuadernos del IMCED 10. IMCED. México, 1996.

¹³ SANTONI Rugiu, Antonio. *Nostalgia del maestro artesano*. CESU-UNAM/Portúa, 2^a edición. México, 1966.

¹⁴ SANTONI Rugiu, Antonio. “La música es de todos”, en *Pedagogía* No. 6. UPN. México, 1996, pp. 112-117.

¹⁵ SANTONI Rugiu, Antonio. “Ese mágico cero que revolucionó el comercio”, en *Correo del Maestro* No. 12, mayo. SEP. México, 1997, pp. 16-21.

¹⁶ SANTONI Rugiu, Antonio. “De artesanos a artistas, sólo un paso y un abismo...”, en *Correo del Maestro*, No. 29, octubre. SEP. México, 1998, pp. 51-53.

Con los años de amistosa convivencia, podría decirse que ASR ha “mutado” su condición originaria, pues dejó de ser eurocentrista, para transformarse en latinoamericanista, azorado con el descubrimiento de nuestras culturas. En la “Premisa” a la segunda edición de la *Nostalgia del maestro artesano*, señala:

En un principio, los españoles no lograban explicarse cómo era posible que las poblaciones que no usaban hierro ni animales de tiro, y, por tanto, que desconocían la rueda y el carro y que no tenían a su disposición masas de esclavos, hubieran sido superiores a los mismos egipcios en las artes de la construcción y del decorado y, por consiguiente, en todas las artes y tecnologías que les servían de apoyo.¹⁷

Finalmente, podríamos decir que las estancias académicas de Antonio Santoni Rugiu en México siempre dejan una atmósfera muy agradable, donde se le evoca con afecto.▲

17 SANTONI Rugiu, Antonio. “Premisa a la segunda edición mexicana” de *Nostalgia del maestro artesano*. CESU-UNAM/Porrúa. México, 1996.



Con su hijo Francesco.



En la televisora italiana.

Impresiones sobre Antonio Santoni y su obra

Santoni y la historia social de la educación

Manuel Medina Carballo

Profesor de la UPN, Unidad Morelia

La historia social tiene una génesis como una forma de hacer historia en la primera mitad del siglo XX, con la escuela de los *Annales* (Fèvre, Bloch, entre otros), al mismo tiempo se van consolidando, otras corrientes de hacer historia que coinciden en lo general como es la escuela británica de hacer historia (Hobsbawm, Thompson, Williams y Hill). Primero se la consideró como la historia de los grupos sociales relacionados con los hechos económicos que se están analizando; esta historia surge como una actividad anexa. Luego se la entiende como el conocimiento específico de un campo de la realidad humana, el sector social el cual es abordado en una multitud de actividades humanas (actitudes, costumbres, vida cotidiana). Esta concepción limitada de la historia social como sectorial va dejando paso a la concepción de que *la historia social es igual a la historia total*, es decir, a la historia que integra a los dominios tradicionales de la historia, así como a los nuevos dominios que van apareciendo. Al mismo tiempo, la historia deja de considerarse como una práctica artesanal para convertirse en una práctica colectiva.

Vilar, piensa a la historia social como un *intento de abarcar el fenómeno global, sin quedarse solamente en una esfera particular*, es decir, es la historia total que estudia a un grupo social en todas sus manifestaciones, que van desde lo económico hasta lo mental, pasando por lo ecológico, científico, técnico, ideológico, político, demográfico, etc., todos estos aspectos se van articulando en sus estructuras y relaciones para conformarla. Al mismo tiempo, Vilar dice que esta historia no consiste en decir todo acerca de todo, sino en *decir aquello de lo que el todo depende, y aquello que depende del todo*.¹

¹ Vilar citado por Cardoso, Ciro y Héctor Pérez. *Perspectivas de la historiografía contemporánea*. SEP. México, 1976, p. 8.

La historia de la educación es un campo que oscila entre la historia y la educación, además está vista de dos facetas, como disciplina académica y como campo de investigación o estudio, según nos dice Viñao². La historia de la educación nació bajo este doble perfil en la Alemania del siglo XIX, debido a estos factores: a) la constitución de la pedagogía como disciplina universitaria; b) la creación y difusión de seminarios de formación de maestros; c) el desarrollo de la historia como disciplina científica y; d) el interés del mundo académico alemán en la antigüedad clásica. Su consolidación prosigue, posteriormente, en Inglaterra, Estados Unidos, España y otros países durante el siglo XX.

En la década de los sesentas y ante la renovación de la historia desde la década de los veintes, con la escuela de los *Annales* y la introducción del marxismo, la historia de la educación da un cambio hacia la historia social de la educación con el libro de Ariés, *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, porque rompe con la historia cronológica e historicista, e introduce las relaciones entre las representaciones mentales e iconográficas de la infancia. Esta recuperación de las representaciones mentales, renueva la forma de observar la historia de la educación y, así como en la disciplina de la historia que recupera sus relaciones con las otras ciencias sociales y sus metodologías específicas, así también la historia de la educación adopta nuevas formas de ver el objeto educativo y se transforma en la historia social de la educación. Esto es en relación con las influencias externas de la educación, en cuanto a lo interno, el campo de la educación también se renueva en el siglo XX en todos los niveles, al considerar como creencia generalizada que la educación va a ser un factor de movilidad social, progreso económico y desarrollo democrático.

La historia social de la educación es consecuencia de los elementos antes mencionados y otros más, y su auge se presenta en las décadas de los setentas y ochentas del siglo pasado.

El concepto de modelos educativos emerge en la obra de Santoni desde del análisis de la sociedad, la cual se organiza, transmite determinados tipos de comportamientos, de hábitos, actitudes, conocimientos, creencias religiosas, políticas y culturales en general. Este modelo educativo plantea las contradicciones de las aspiraciones que hay entre los diferentes grupos sociales, que conviven en espacio y tiempo determinados, y cómo en el proceso, uno de estos grupos sociales hegemónicamente domina con su modelo educativo. El modelo educativo está íntimamente relacionado con la formación

² VIÑAO, Antonio, “*La historia de la educación en el siglo XX. Una mirada desde España*”, en *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, mayo-agosto 2002, vol. 7, núm. 15.

que es un proceso que se vive en todas las sociedades. A partir de este concepto va bosquejando en su obra *Historia social de la educación*, los diferentes modelos educativos que desde la Grecia antigua hasta el presente se han desarrollado en las sociedades occidentales.

Nostalgia del maestro artesano

Julia Clemente Corzo

Facultad de Humanidades,
Universidad Autónoma de Chiapas.

*Contemplé una estrella rutilante y pensé que cierto viajero que conozco,
ahora a muchos días de navegación de estas costas, podría estar
mirándola como yo. ¡De qué triángulos son vértices las estrellas!*

Henry David Thoreau (1817-1862)

La vida para Antonio Santoni Rugiu no ha sido otra cosa más que un continuo viaje, montado en la carroza alada de la historia, ha contemplado las épocas, los espacios y los tiempos en que los hombres de manos hábiles y dedos pensantes e imaginaciones despiertas, transformaron la magnitud de los elementos informes, en obras permanentes del ingenio penetrado del noble afán de la enseñanza. Objetos que hablan, que traducen la inmensa vastedad de la inteligencia humana, que como la piedra fundamental del constructor de catedrales, desplanta el edificio incommensurable e inacabado de la humanidad.

El profesor Santoni, descubre, levanta la evidencia y nos presenta al hombre, al artesano, desde un punto de vista más humano, despojado de las connotaciones que lo demerita y lo eleva como el maestro iniciador del progreso que nos hereda. Su formación humanista lo ha guiado en la difícil tarea de escribir como un incomparable maestro que ofrece, a través de su obra, una narrativa siempre renovada de la historia de la educación que vista desde el particular ángulo del devenir social se abre dentro del campo formado por los espacios culturales, económicos y políticos, en los cuales los sujetos y sus propuestas protagonizan un modelo de educación que ha sido legado hasta la época actual.

Tal es el libro *Nostalgia del maestro artesano* (CESU-ENM, UNAM, México, 1994), en cuyas páginas el historiador italiano nos habla de la formación artesanal desde la Edad Media hasta los albores del siglo XIX, con base en documentos históricos, en análisis, inferencias e interpretaciones, en deducciones e intuiciones, para dar cuenta

de la formación del artesanado dentro de la vida familiar, social y productiva de las ciudades medievales.

Los conceptos de *educación* y *formación* se entrecruzan, cuando Santoni los enlaza dentro del proceso educativo de los artesanos, que dura todo el ciclo vital, a través de éste, el maestro y el aprendiz comparten afectos, ideas, intenciones, deseos, inquietudes, confidencias, secretos, obligaciones, responsabilidades, alimentos, techo, sentidos de su quehacer; en suma, conforman una familia, la cual no se hace de la noche a la mañana, pues el aprendiz exige de una larga formación, en donde la elaboración de la obra es el pulso del aprendizaje.

La profundidad de la investigación nos envuelve y trasmada al alto Medioevo, para percibir la importante presencia del artesanado en la vida familiar, social y productiva de las ciudades medievales. La hebra se mueve desde el auge del artesanado en los siglos XIII-XV, hasta el desmoronamiento de los gremios y su declive ya en el siglo XIX, situación que trae como consecuencia grandes dificultades para los artesanos, las que se manifiestan, principalmente, en la práctica individual del oficio y en la enseñanza del mismo.

La investigación reconstruye los *modelos de educación tutelares* de los talleres artesanales, los cuales se sostienen en la estructura natural de la familia organizada, en una relación jerárquica lineal, cuyos fundamentos esenciales son los afectos, los saberes y las lealtades, en donde predomina, además, la identidad ligada al objeto artesanal. Se trata de un *modelo* que recupera la experiencia y la habilidad práctica de los artesanos, motores puestos en marcha por la inventiva que nace de la observación del entorno social y cultural, y que se transmite por medio de relaciones educativas, basadas en intencionalidades conscientes e inconscientes, en donde la formación colectiva trasciende a la individual.

De esta manera, destaca el campo artesanal como un espacio en el que existen diversos grupos sociales y culturales, no separados en clases, sino unidos por el oficio, práctica alimentada por la vida social, cultural, política y económica de la época.

El profesor Santoni se hace presente en la educación en Chiapas en el Primer Congreso Internacional “La educación, sus tiempos y sus espacios”, realizado en septiembre del año 2000; desde entonces, su pensamiento incide en los estudiosos preocupados por la educación de los artesanos, sus legados y su importancia cultural en los tiempos de la modernidad. Su investigación abre y nutre otras líneas aún inexploradas hasta el momento actual. En el ambiente de Chiapas, con sus riquezas y vasterdades artesanales

fundadas en la transculturalidad indígena, castellana, africana y asiática, han sido fuente de interés principalmente en mi persona, en donde Antonio Santoni Rugiu ha sido una guía fundamental para la realización de mi proyecto de tesis doctoral acerca de artesanos de la madera en Chiapa de Corzo, Chiapas.

Huellas de la memoria

Jesús Márquez Carrillo

Centro de Estudios Universitarios Facultad de Filosofía y
Letras Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

En este grato y merecido homenaje no voy a referirme a la obra de Santoni. Hay personas conocedoras de la misma que sin duda harán gala de su mejor esfuerzo para transmitirnos sus virtudes. Yo, en cambio, me propongo evocar a un hombre cuya capacidad de asombro y ánimo por conocer el mundo no sólo me sorprendieron, también me mostraron la pasión por la vida y un profundo amor –más diría que disciplina- por el oficio de la historia.

El viernes 22 de abril de 1994, Santoni dictó en el auditorio de la Facultad Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Puebla una conferencia sobre los *Escenarios de la educación moderna en Europa*. Protagonista con otros colegas e interlocutores de la renovación historiográfica que se manifestó contra el historicismo de Benedetto Croce y el idealismo acunado en la Italia de la posguerra por Giovani Gentile, la historia, nos dijo, no es “inmanencia absoluta” ni una forma de revelación divina, sirve para comprender y en cierto modo contribuir al debate de los problemas actuales. En el método regresivo o genético los temas, problemas y enfoques del quehacer historiográfico se relacionan y definen en función del universo de cuestiones que atañen al presente histórico y sobre las que una comunidad cualquiera requiere de información para pronunciarse y ofrecer alternativas viables: razonadas. Los escenarios de la educación moderna en Europa son nuestros escenarios. Y... así fue desplegando su visión del pasado y los problemas educativos de nuestra cultura y nuestras sociedades, en particular los relacionados con la juventud, la vida académica y las reformas escolares.

Me impresionó su capacidad de síntesis y su perspectiva teórica, muy engarzada con los datos y muy consciente de los desafíos que tiene nuestra época. Sin duda, era un maestro de la palabra y se traslucía de inmediato su larga experiencia en las aulas y en los medios de comunicación. Si desde el estrado, su delgada y –según parecía- frágil figura contrastaba con la viveza de sus ojos y su intento por captar hasta en los

detalles más simples la atmósfera que estudiantes y maestros le impregnaban al recinto, su nítida voz y leguaje corporal iban al encuentro con el público, como si el mundo académico y la vida cotidiana tuviesen infinitos vasos comunicantes, donde la anécdota, la broma y los recuerdos personales, pero también las influencias afectivas y del medio ambiente social y cultural eran de advertirse llenos de savia y dejaban las huellas que perduran en el alma de las cosas... La suya era una historia con un rigor académico que, sin embargo, nos hacía reír y reflexionar sobre los mundos que fuimos, las memorias que somos y los mundos que soñamos.

Si hablamos de aplausos y caras satisfechas, el evento fue un éxito. Ese era el misterio de Santoni, el artesano de la palabra, el maestro... el educador.

Al día siguiente, con María Esther Aguirre y Ramón Mier emprendimos un viaje que significó no sólo un desplazamiento en el espacio y en el tiempo, sino también, un mutuo tránsito interior. Cacaxtla, Tecali, San Francisco Acatepec y Santa María Tonanzintla fueron parte de nuestro recorrido.

Cacaxtla tuvo su esplendor en el epiclásico, entre los años 650 y 950 de nuestra era, y es notable por el colorido y el realismo de su pintura mural, pues en ella es evidente el sincretismo de dos tradiciones pictóricas (la maya y la teotihuacana o mejor: la del Golfo y la del Altiplano), sobre todo en los murales conocidos como *La Batalla* y el relativo a la fertilidad de la tierra. En ellos, más allá de su sentido simbólico, el cuerpo humano, los animales y las plantas parecen verdaderos. En el mural de *La Batalla*, por ejemplo, puede verse la agresividad de los combatientes, el dolor en los rostros de los personajes vencidos o la crudeza con la que se pintaron sus heridas y las vísceras que salen de ellas.

Santoni, observó una y otra vez esos murales y comenzó a preguntar por una cultura que, extraña a su mirada, se iba develando... A veces dialogaba consigo mismo y nos sorprendía con sus observaciones, su mirada infantil y su empeño de aprender. Como él escribió en *Milenios de sociedad educadora*, la formación del ser humano principia con “el nacimiento y dura hasta la última respiración con una intensidad y unos ritmos que paulatinamente decrecen, si se quiere, pero que siempre son sensibles”. Tal vez por eso, el estilo propio y novedoso de Cacaxtla lo llevó a plantearse interrogantes que incrementaron su curiosidad sobre la cultura y las sociedades del México Antiguo. Y mientras hablaba consigo mismo, iba modificando -cuando menos en mí- la idea que me había hecho del Viejo mundo y su cultura. No sé en qué momento los cuatro emprendimos un viaje interior, cuya amplitud de diálogo no era con el otro, era con nosotros mismos, con nuestras dudas y sueños, pero también con los retos que uno

enfrenta día con día en la vida cotidiana... Ensimismados, admirando el paisaje árido de la altiplanicie poblana, llegamos a Tecali.

Ubicado en una zona densamente poblada en el siglo XVI, la iglesia y el ex convento de Tecali se concluyeron antes de 1580, tal vez obra del arquitecto Claudio Arciniega. El templo, de diseño basilical, se inspira en láminas que aparecen en el *Tercero y Cuarto Libro de Arquitectura*, de Sebastián Serlio (Toledo, 1554) y constituye su fachada uno de los primeros ejemplos en la Nueva España donde se aplica el esquema de arco triunfal para las portadas, en este caso, el arco de Cayo y Marco Gavio y el arco de Trajano en Roma. Esta obra es una muestra acabada del manierismo en Puebla, y uno se pregunta: ¿cómo en este pueblo se pudo construir una belleza tan semejante a la catedral de la ciudad de México en su magnificencia?.. Más cercana a nuestros referentes sociales y culturales, aquí el diálogo tomó nuevos cauces. Nuestra mirada y nuestras afinidades estéticas colocaban en primer plano nuestra adscripción a la cultura occidental y desde ella contemplamos la composición y la simetría de las formas, también esta nos sirvió de pretexto para hablar de la presencia oblicua del renacimiento y del barroco novohispanos, pues el fenómeno de apropiación que se dio en nuestro suelo produjo originales que en realidad pretendían ser copias. Dígalo si no la extendida influencia de Rubens y su escuela en las ciudades de México, Puebla, Toluca y Guadalajara, por ejemplo.

Uno de los sitios que me interesaba mostrarle a Santoni y a quienes me acompañaban era la iglesia de San Francisco Acatepec, construida entre 1650 y 1750. Su fachada de azulejos amarillos, rojos, azules y verdes es una obra de arte, producto del ingenio y la precisión de manos artesanas. Aquí el ladrillo vidriado sigue caprichosas formas y nos recuerda que conviven formalmente “el oriente arábigo andaluz de la cerámica, el occidente cristiano como tema principal y el ‘oriente interno’ de su factura en gran parte indígena”. Hay quien para elogiarla ha dicho que “parece cocinada en un horno gigante como si se tratara de una sola pieza de loza fina de Talavera”. Al margen de su impronta simbólica, es de admirar el primor de su manufactura barroca y el gozo que produce en los sentidos, como si colores, luces, texturas y sombras tuviesen un despliegue independiente de su mensaje teológico y didáctico.

Sólo pudimos ver desde el atrio esta monumental obra. Pero Santoni se quedó por un rato embebido con las piezas y comenzó a preguntar por el gremio de los loceros, a partir de su conocimiento en torno a la educación artesanal en los talleres de la Edad Media -abordada en su reciente libro *Nostalgia del maestro artesano*. Así se fueron mezclando entre nosotros observaciones marginales y comentarios sobre los artesanos

y su medio social y cultural, no sólo en los lejanos días de la colonia sino también en el presente (el más interesado por el presente era Ramón). Al comentarle que el gremio de loceros tenía el monopolio de los talleres de cerámica y su función era reglamentar la producción en sus distintas calidades (fina, entrefina y amarilla) e impedir la competencia; que los maestros eran sólo españoles reconocidos como tales y que los aspirantes al oficio entraban muy pequeños, siguiendo la tradición de la Edad Media, me pareció ver cómo Santoni se adentraba en nuestra historia que era la suya: la historia del trabajo en el Viejo mundo tenía con el mundo americano muchas más similitudes que diferencias.

La iglesia de Tonantzintla, es un monumento único en el panorama del barroco exuberante mexicano. En su interior, hecho de estuco, todo es color y movimiento. Aquí, dice Manuel González Galván, “la imaginación queda estupefacta y no puede sustraerse, a menos que se cierren los ojos, ante el cosmos plástico, tan agitado y brillante como, a la vez, estático”. Decorada en la segunda mitad del siglo XVIII, para Francisco de la Maza esta obra representa en su vertiente popular la resurrección del Tlalocan prehispánico, el lugar donde se formaba la lluvia y residía Tláloc, el dios de las aguas del cielo, llamado también Tlaloccantecutli: el señor del vino de la tierra (lluvia). Sólo desde esta perspectiva se comprende por qué el interior del templo está abarrotado de flores, ángeles y frutos tropicales (mango, chile, plátano, pera, coco, etc.) entre cuyas hojas y ramas se divierten niños y niñas con sin igual gozo, mientras con ojos muy abiertos están expectantes, no de Tláloc sino de la Coronación de la Virgen María -representada por medio de imágenes y elementos arquitectónicos entre los cruceros, la cúpula y el ábside-, luego de su tránsito por la tierra.

Un elemento a destacar en la riqueza decorativa de Tonantzintla es la abundante presencia de niños y niñas que, absortos, retozando y gesticulando trepan por los muros, atravesan los arcos, nadan en el espacio, abarcan la cúpula y rodean las columnas... habitán la parte medular del templo y nos remiten a la tradición religiosa mesoamericana, pues nos hallamos frente al culto del Príncipe niño de la tradición nahua y éste nos remite a la ingesta de plantas entogénicas: a Dios entre nosotros por el consumo de estas plantas (peyote, hongos, maravilla, etc.) para llegar al paraíso. Tonantzinta es también, en esta perspectiva, un sitio de iniciación chamánica, un espacio para la contemplación y el éxtasis.

Absortos por tanta belleza, comprendimos que la historia tiene venas ocultas, prácticas que hoy en día nos son extrañas... y sin embargo, vivas. El discurso múltiple y multiplicado del barroco tenía en Santoni sus propios y adormecedores efectos. Su

mirada seguía el movimiento de las cosas, como buscándose integrar a un espacio desde su propio asombro... Hay misterios del alma sin reflejos... Esta era una experiencia única para todos nosotros. El ojo no ve, tan sólo mira... tan sólo siente la levedad del tiempo a la deriva...

El mayordomo del templo nos recordó que al caer la tarde y ocultarse el sol, era la hora exacta para cerrar el paraíso. Con el peso material de nuestros cuerpos regresamos a Puebla. Cansados, pero sin agotarnos, comimos y cenamos y, en espera del sueño reparador, seguimos platicando...

El domingo recorrimos algunos lugares del centro histórico, entre ellos el Museo de las artesanías. Nuevamente, Santoni se interesó por los procesos productivos y la cultura de los artesanos. Contempló con sumo cuidado las obras de arte, esas magníficas piezas, orgullo de una tradición mestiza y centenaria...

Entre más preguntas que respuestas enfilamos a la calle. De repente, la cara de Santoni se iluminó: habíamos topado con una pulquería. Nunca lo vi tan feliz. Parecía un chiquillo retozando a su antojo en el paraíso. Mientras degustaba el pulque y recordada algunos pasajes de su infancia y juventud, nos comunicaba una experiencia plena de vida. El humor y la ironía, la sentencia breve... en fin un mundo donde la academia y la vida cotidiana se entrecruzan y dan sentido a nuestros actos. ¡Gracias, maestro por esos días! Enhorabuena este homenaje. Recuerde siempre a sus amigos mexicanos, a esa familia que lo estima y quiere desde que María Esther lo trajo con nosotros. Por si le interesa saber, la pulquería no resistió el paso de los años. Como todas las cosas, uno las va albergando en la memoria... ¡Salud y bienvenido al mundo!, ¡Salud por todos nuestros sueños!

Sapiencia, experiencia y amistad

Ramón Mier García
Músico

Inició mi participación con una pregunta que puede parecer impropia, pero, no obstante, insistiré en ella: ¿a qué hemos venido ahora? En este día en el que experimentamos diversas emociones: primero, por encontrarnos en medio de un grupo de amigos, que reunidos sentimos que las voces se hacen palabras; los recuerdos, memoria y las imágenes nos conectan al misterioso fluir del tiempo y de su efecto en el espacio... Sí, lo sé, efectivamente, escucharemos en imagen el “monólogo” de Antonio Santoni Rugiu,

título con el que ya nos transmite su primer mensaje, es decir, su nostalgia por no estar con nosotros aquí y ahora.

Sin embargo, lo que él se propone es promover a partir de su monólogo, lo que nos ha mostrado a través de sus libros, y de sus visitas a nuestro país: un diálogo creativo que ha marcado su huella de sapiencia, de experiencia y amistad. Esta huella no es un camino asfaltado y unidireccional sino una insinuación dirigida a las conciencias anhelantes de saberes en constante construcción.

Estas y otras más son las razones que hoy por hoy nos reúnen en este recinto, en un acto simbólico dedicado a Antonio Santoni Rugiu, en el que le retornamos, no un nuevo monólogo, sino el diálogo que él espera de nosotros y, también el que espera seguirá produciéndose entre nosotros mismos; no sólo en el corto sino también en el largo plazo. Nuestro diálogo constituye ahora una parte fundamental integrada en sí misma, con su propio peso y valor y, por ello, con la fuerza para realizar con autenticidad este homenaje que contiene el reconocimiento a la producción, el trabajo, la dedicación y la amistad que Antonio Santoni Rugiu ha entregado a México a través de muchos años.

Una celebración de esta naturaleza, aún cuando desde la perspectiva del propio IMCED no sea percibida de esta manera, constituye, paralelamente, su propia celebración por marcar un hito en su historia, en su proceso de desarrollo institucional. Significa que el IMCED ha crecido, no sólo en el aspecto material como lo demuestra el espacio arquitectónico en el que nos encontramos –esta Biblioteca recientemente inaugurada–, sino también en la conciencia de sus haberes académicos y de su capacidad de convocatoria que reúne a cientos de académicos y estudiantes de diversas regiones del país y, por ende, resulta que en la medida que la institución reconoce, es reconocida, se auto-reconoce por un efecto espejular, se refleja a sí misma en el presente y, marca su proyección en el tiempo futuro.

Pienso que para el caso, también cuentan los recuerdos anecdóticos y familiares, por ejemplo: cuando María Esther realizara la última revisión al libro de Antonio: *Nostalgia del maestro artesano* y, con el propósito de confrontar la exactitud de la traducción, me correspondió entonces, leer el original en voz alta. Nuestro Aldo, escuchaba y contemplaba la escena desde lejos, siempre ocupado con sus juegos y sus videos infantiles. Un día nos preguntó: *aqua*, ¿significa agua? Pensamos que de esa pregunta y la respuesta afirmativa, se generó en él, desde entonces una clave lingüística que le permitió llegar, posteriormente, a un manejo fluido del italiano. Asimismo, la primera aparición en español de la *Nostalgia*, fue una coedición UNAM entre el CESU y la

ENM. Allí, en el capítulo dedicado a la Música: *EL maestro en librea*, Antonio me reveló el origen del smoking y del frac y de la función, actualmente algo transformada por los músicos, como atuendo de lujo en la sala de conciertos. Antonio participa también en nuestro proyecto editorial relacionado con: *Los 75 años de la historia de la ENM: una historia para celebrar*, estas colaboraciones contienen como todos sus trabajos, originalidad, imaginación, belleza literaria y profundidad en su análisis y en sus contenidos históricos.

Gracias Antonio...

Nostalgia por el amigo

Aldo Mier Aguirre

Amigo: cuando una amistad es profunda, las palabras son vanas y torpes para expresar el afecto que se tiene, porque el afecto es algo intangible. Su forma vive más allá de la tierra, más allá de este espacio-tiempo. Querer abundar en palabras sería inútil, sabes que no hay necesidad de decir nada; que ya todo está dicho aún sin decirlo. Pero me pidieron que dijera algunas palabras, en este homenaje, así que trataré de aterrizar lo que pienso.

Ser objetivo no es una cualidad humana, es una cualidad de los objetos; así que lo último que pienso y que puedo, es ser objetivo cuando hablo de un amigo que ha estado desde siempre. Primero, como el tío italiano que escribía libros muy largos, que sabía mucho y que siempre definí como un sabio. Daba discursos en largas sesiones y la gente se interesaba por él. Aún así para mí era muy distinto. ¿Cómo era? Era muy alto; a pesar de eso, cuando estaba de visita en casa se preocupaba porque yo no saliera con el pelo mojado en las mañanas; jugábamos al ajedrez y alguna vez me enseñó a remojar el pan en el vino tinto. Y una cosa más: aplaudía los calcetines que llevaba a la escuela, uno de un color y el otro de otro; mientras en la escuela ningún maestro los aprobó; entonces cuando un maestro me reprendía, yo pensaba: “No importa, mi tío florentino dice que están *bien*”.

Y ahora descubro a Antonio como amigo. Con el cual charlar, ir al mercado, comprar unos bizcochitos para el desayuno y un poco de fruta. Es único encontrar a alguien que sepa que la vida está en cada día, que la estufa moderna de quemadores relucientes nunca es tan buena como la vieja, donde el tiempo ya ha dejado su esencia tras el fuego. Descubro a un *sabio*, en un mundo en donde los eruditos han olvidado

que su vida está vacía si no se disfruta a cada momento a través de los pequeños placeres cotidianos; no puede haber sabiduría sin sensibilidad. Antonio es un erudito, sí, pero su erudición no es la que lo hace ser recordado aquí, entre nosotros, a miles kilómetros de distancia, sino su humanidad, que se transluce en su conocimiento profundo del mundo, entre las líneas de sus libros. Porque de qué serviría tanto saber sin comprensión del otro, del sentido de la vida, sin la sabiduría que deja el pasar de la vida, *sin la calidez humana que deja saber que la sabiduría va más allá de la simple información, y aun erudición, acotada en los libros y en las universidades.*

Me dolería no acabar por el principio, que será a la vez principio y final, porque es lo más importante, es la esencia de lo que quiero *decir*, así que termino con la palabra amigo.

Antonio con cálido afecto te digo que ante todo eres el Amigo.

Gratitud obligada

José Ramírez Guzmán

Doctor en Pedagogía
Director Editorial del IMCED

En esta significativa ocasión, nos hemos reunido quienes integramos la comunidad educativa del IMCED, para rendir un merecido homenaje a un gran personaje, Profesor de la Universidad de Florencia, Italia, escritor del campo de la historia de la educación, a un pedagogo singular, amigo estimado y miembro distinguido del Consejo Editorial de la Revista *Ethos Educativo* de nuestro Instituto.

Es bueno recordar y tener presente en la memoria los sucesos importantes que han dejado huella en nuestra vida, como también lo es rescatar las experiencias del tiempo que hemos vivido con los personajes importantes que nos han acompañado en el desarrollo profesional de nuestra vida y que, como maestros, nos han influido favorablemente, tal es el caso de Antonio Santoni Rugiu, por lo que dicho recuerdo está teñido de un gran afecto.

Santoni, permanece y tiene vigencia en nuestro ámbito académico, por la constante creación y aporte de elementos altamente significativos para la formación de maestros en el campo educativo, para el enriquecimiento de las prácticas docentes y la producción editorial del IMCED. El haber tenido la oportunidad de estar en contacto con él, representó un gran estímulo que se consolidó en la relación con Manuel Medina Carballo y Ma.

Esther Aguirre Lora de la UNAM, quien a su vez estuvo estudiando con Santoni en la Universidad de Florencia, Italia.

Es sabido que, los procesos formativos más consolidados, los procesos de desarrollo más amplios y de mayor profundidad se dan siempre en el marco de una determinada tradición cultural y que, en el campo educativo, esta tradición la encarnan los maestros quienes consolidan saberes y prácticas formativas, que son trascendentales en las líneas del conocimiento que cultivan y en las cuales se establece la filiación intelectual que nos liga a esa tradición. En este caso, en el IMCED hemos adquirido una filiación que nos abrió el ámbito de desarrollo al entrar en contacto con la UNAM y con Santoni.

Por lo tanto, el hecho de que el IMCED publicara obras de la naturaleza de la *Historia Social de la Educación* (cuyos derechos editoriales le cedió Santoni), nos dejó claro que merecíamos la confianza, el estímulo y el reconocimiento a nuestra propia capacidad y a nuestro propio desempeño. Esta obra que sirvió de fundamento para trabajar el eje temático general de la maestría en pedagogía, ha circulado ampliamente por muchas instituciones educativas del país y del extranjero y sigue circulando ahora en su nueva reedición.

El sello característico de Santoni es el sentido de lo social. Su obra, es rica en aportaciones al campo de la pedagogía, con una visión renovadora y con el enfoque histórico social. Así, en el texto de la *Historia Social de la Educación*, Santoni se refiere a la evolución socioeducativa, en donde a través de una reconstrucción de los sucesos históricos en forma narrativa, da cuenta de las prácticas sociales que determinan el fenómeno de la educación en sus distintas épocas, desde la antigüedad clásica de los griegos hasta nuestros días.

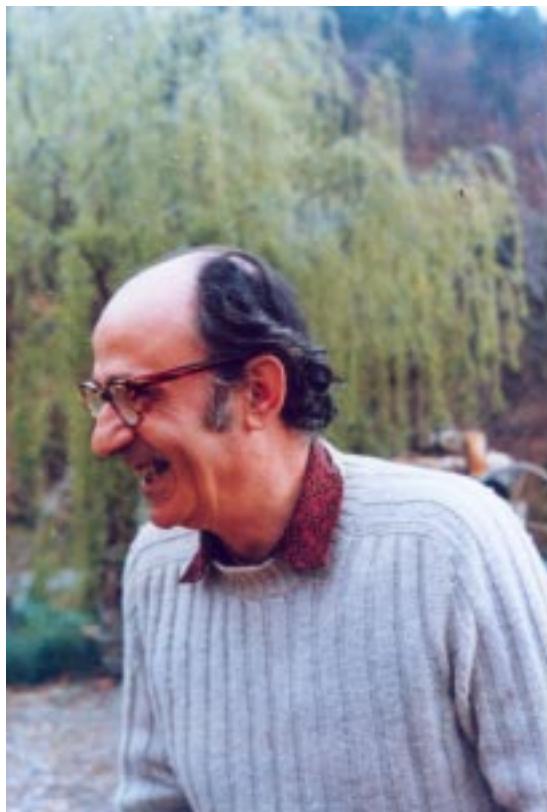
Santoni es un buen escritor, es muy específico, muy ingenioso en sus apreciaciones, es agudo, no se queda en las definiciones generales, con lujo de detalles entra en las cosas con una narrativa envolvente, de tal manera que es un gusto leerlo, ya que deja siempre la sensación que entendimos de lo que se trata el asunto, de lo que está hablando, se nos quedan grabadas sus palabras, es decir, uno aprende de cada una de las páginas de sus textos lecciones de varios temas, de historias, de sucesos acaecidos a lo largo de las prácticas sociales donde se está generando el proceso de conocimiento, y cómo éste, se trasmite al campo de la educación para que adquirir un nuevo sentido en la definición de identidades humanas a través de los procesos de formación.

En la relación con Santoni, hasta la fecha existe un vínculo fructífero en el que, a la construcción intelectual se entrelaza el encuentro de los afectos, y esto sucede a través

de los nexos que necesitamos actualizar, que nos ayudan a recrearnos en nuestra propia identidad y reconocimiento, nosotros somos diferentes que los italianos como Santoni, pero con él, en lo sustancial, no existen esas diferencias, porque hay puntos de encuentro que nos permiten coincidir, y es así como el puente está tendido hasta hoy, lo cual nos ha llevado a producir, conjuntamente, obras importantes.

Actualmente este espacio de relación se ve nutrido por la obsequiosa aportación que Santoni nos hace de un artículo para el No. 29 de la Revista *Ethos Educativo* (2004), titulado “Asociacionismo y educación juvenil”, mismo que en su dedicatoria dice lo siguiente: *Antes que nada, debo plantear que este texto de carácter histórico (más precisamente, histórico-social) no tiene otra pretensión que la de ofrecer algunas consideraciones o, mejor dicho, mi punto de vista sobre el tema, con la esperanza de suscitar algunas reflexiones en los lectores de Ethos Educativo, no importa si en sentido opuesto o divergente a mis planteamientos. Por lo tanto, no pretendo en absoluto agotar el argumento ya que es lo suficientemente complejo y abigarrado, de igual forma e inclusive más que otras cuestiones que se refieren a la evolución educativa; tampoco pretendo trazar una reconstrucción histórica que comprenda sus vertientes ideológicas más importantes, particularmente porque ésta comprende dos siglos tan frenéticamente –si me aceptan el término– inquietos e innovadores como aquellos que tenemos apenas a nuestras espaldas. Aclarado esto, puedo comenzar. Y empieza con una pregunta: ¿Descubrimiento del joven o del niño?*

Por su don de gentes, su sabiduría y humildad, su vasta producción intelectual y su testimonio como profesor comprometido con la educación queremos patentizarle a Santoni nuestra estimación y nuestra gratitud, su grato recuerdo vivirá con nosotros para siempre.▲



Vacacionando.